

mí, os envió yo á vosotros. Escuchemos su palabra, y busquemos en ella la solucion de todas nuestras dudas. Vivamos unidos á él, vivamos de su vida, que se dignó manifestarnos haciéndose semejante á nosotros. Respetémosle en su nombre, en su doctrina, en sus Sacramentos; y poseidos del sentimiento de nuestra pequeñez y de su grandeza, de nuestra miseria y de su bondad, adorémosle implorando los tesoros de su caridad infinita. Amémosle, en fin, y su amor sea nuestra vida, para que seamos una misma cosa con él, haciendo que se oiga en la tierra el cántico de adoracion y de gracias, que resuena eternamente en el cielo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendicion, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (1).

(1) Apoc. V. 13.

TERCER SERMON.

Jesucristo en la Encarnacion: Dios-Hombre, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Verbum caro factum est.

(Joann. I, 14.)

AYER, Señores, estudiamos la primera página del libro misterioso, página de gloria escrita con caracteres de luz por el Apóstol de las revelaciones, por San Juan, que, segun nos dice la tradicion, abismado en éxtasis profundo en la contemplacion del sublime objeto que queria delinear en su Evangelio, cuál águila que se remonta sobre lo que alcanza la débil vista del hombre, al primer esfuerzo atraviesa la noche de las edades, se trasporta mas allá de los tiempos y de los mundos para buscar al que ha hecho los mundos y los tiempos, abarca esa duracion inmensa que llamamos eternidad, y en la que el sér tiene una plenitud siempre igual, sin sucesion, sin cambio, sin vicisitud; descubre al Verbo en el seno del Padre, Dios como él, Criador de todo, vida de los séres, luz de las inteligencias, y prorumpe en esa palabra sorprendente que encabeza su libro: En el prin-

cipio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios (1). Esa página nos explica la grandeza, el poder, la gloria, en una palabra, la divinidad de Jesucristo, Verbo eterno de Dios, y nos obliga al contemplarla á humillarnos en su presencia, como los serafines que viera Isaías cubriendo su faz con sus alas, para no ser oprimidos por el peso de la gloria (2).

Hoy debe ocuparnos el estudio de la segunda página que nos describe las riquezas de la caridad del Verbo, que le hace descender hasta su obra, comunicarse al hombre y elevarle hasta Dios, levantándole de la profunda abyeccion en que cayó por el pecado. Leccion admirable la de esta página, que agotó las fuerzas de San Pablo, enviado para poner de manifiesto las inestimables riquezas de Cristo, y explicar al mundo la economía de ese gran misterio escondido en Dios antes de los siglos y generaciones, y que no conocieron los príncipes de este mundo (3); el misterio del Verbo encarnado, de Dios hecho hombre, de Jesucristo Dios-hombre para salvacion del género humano. Estudiemos ese gran misterio que encierra toda la ciencia de la Religion, considerado en sí mismo y en sus manifestaciones ó consecuencias. Ved con qué sublime sencillez lo anuncia, mejor aún, lo dice todo, el discípulo amado: El Verbo se hizo carne, y habitó con nosotros, y vimos su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, de cuya plenitud recibimos todos (4). Esta sublime sencillez caracteriza al hombre inspirado que en pequeño círculo de palabras

(1) Joann. I, 1.

(2) Isai. VI, 2.

(3) Ephes. III, 8.—1 Cor. II, 7.

(4) Joann. I, 14, 16.

encierra multiplicados é inefables misterios. Desarrollémoslos en lo posible, y veamos á Jesucristo en la Encarnacion: es el Dios-hombre, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

PRIMERA PARTE.

Cuantas veces, Señores, hacemos la profesion de nuestra fe, repitiendo el símbolo que contiene sus principales artículos, confesamos el misterio de la Encarnacion del Verbo eterno, creemos y confesamos que el Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza y se hizo hombre. Como nosotros lo creen y lo confiesan cuantos se llaman y son cristianos. Muchos, sin embargo, no pasan mas allá, esto es, no profundizan el misterio en sus admirables armonías, y por ello su fe no engendra en sus corazones los sentimientos de admiracion, de respeto, de alabanza, de santa emulacion y de amor, que está llamada á producir, y produce indudablemente en los que no se contentan con lo que San Pablo llama leche de niños (1), sino que aspiran á la robustez de varones perfectos, para descubrir los tesoros de la gracia de Dios en Jesucristo, y crecer en toda la plenitud de los dones divinos (2).

Procurémoslo nosotros, hermanos, y ojalá lleguemos á comprender la longitud y la latitud, la altura y la

(1) 1 Cor. III, 2.

(2) Ephes. IV, 13.